

---

## Del feminismo a la solidaridad: el caso italiano\*

Mariella Gramaglia

**N**o sé si le haré un favor al lector o lectora de esta revista al imaginarlo como no particularmente especializado ni preparado para orientarse entre los muchos recovecos de los temas —teóricos y de práctica política— que se discuten actualmente entre las mujeres más comprometidas en debatir entre ellas.

Pero pierda cuidado. Le ahorraré las peroratas sobre la falsedad del mensaje que encuentra amplia acogida en cierta prensa y supondré que está a salvo de su influencia. Mensaje omnívoro y falsamente vitalista que se basa en la idea de una postfeminista cínica y sexualmente voraz; o en la imagen de una “trepadora” por encima de todo, absolutamente decidida a recuperar lo que es suyo, quizá con creces, en compensación del pasado; o, finalmente, en la de una habilísima combinadora de las dos facetas, sin pararse a pensar en las dificultades que ello comporta ni en las escasísimas ocasiones que nos ofrece la vida real de encontrar “fenómenos” parecidos.

Por el contrario, intentaré esbozar un mapa de temas y problemas presentes, sin pretensiones de sistematización teórica, pero útil como una especie de pequeño *baedeker* actualizado.

### *El punto de inflexión*

No por casualidad he hablado de “mujeres comprometidas en debatir entre ellas” y no de “feminismo”. En efecto, si pensamos en el movimien-

---

\*Este ensayo apareció en la revista catalana *Debats*, núm. 27. Nos hemos permitido incluir una serie de notas para ubicar algunos de los materiales que publicamos.

to y en la cultura que hemos conocido y definido como feministas en los años setenta, las diferencias son enormes, al igual que ha pasado en otras muchas áreas sociales.

La estrechez de miras, los efectos simplificadores de los eslóganes y el carácter elemental de algunos mecanismos psicológicos de tipo opositivo (yo soy el bien, el otro el mal, el enemigo, llámese el hombre, la sociedad machista o como se le quiera definir según los diferentes enfoques) son ya agua pasada. Pero lo son quizá también en todos los demás movimientos de la izquierda. Una conciencia difusa, a veces semiinconfesada —aparte de los teóricos de la “sociedad compleja”—, nos dice que los cambios y las reformas son graduales, que tiene más sentido trabajar sobre instancias concretas que sobre fantasías palingenésicas, que la pasión por la transformación debe ir acompañada también de la conciencia de las limitaciones y que revisar los términos de un pacto incluso conflictivo (y entre hombres y mujeres hay motivos sobrados para ello) significa en todo caso ponerse a discutir diferencias y no atribuirle a alguien el oneroso estatuto de “clase general” liberadora. Que después de vez en cuando algún intelectual (por ejemplo, Asor Rosa recientemente a propósito de los jóvenes) no resista a viejas tentaciones, tiene poca importancia. Por lo demás, las mujeres han resistido mucho mejor las seducciones de esta serpiente de la totalización que las de su progenitor mitológico, por muchas y complicadas razones que yo no puedo explicar aquí en pocas palabras.

No sé si se debe a esto a una curiosidad y afecto mutuos que, siendo recientes, tienen todavía la frescura del entusiasmo y el descubrimiento, pero en realidad hoy las personas de sexo femenino comprometidas en trabajar juntas hablan mucho más de las mujeres que de los hombres. Mucho más de sí mismas que de su llamado opresor. Mucho más de identidad y de diferencia que de servidumbre y humillación. Un ejemplo que tiene casi un valor de símbolo, histórico y lingüístico: el primer libro que hizo furor entre las feministas italianas en los albores de su experiencia, publicado en 1972, se llamaba *La coscienza di sfruttata* (La conciencia de explotada);<sup>1</sup> el documento de la Libreria delle donne de Milano

---

<sup>1</sup> Traducido como *Explotación y liberación de la mujer*, A. Redondo Editor, Barcelona 1972. Existe copia para consulta.

que ha servido de *leitmotiv* a los debates de los últimos cuatro años lleva como título, inspirándose en una novela de Ivy Compton-Burnett, *Piú donne che uomini* (Más mujeres que hombres).<sup>2</sup>

Si se mira bien, el mensaje de la cita no es de ninguna manera oscuro. Implica una opción metodológica: puesto entre paréntesis el otro (lo masculino), ¿cuál es la vía, el método, para darse credibilidad entre mujeres, crear lazos de “confianza” mutua, modificar radicalmente una cultura que nos quiere desconfiadas de nosotras mismas y del *valor* de las otras e imponer, de esta manera, una modificación “en femenino” de lo que el grupo de intelectuales milanesas que se reúne en torno a la Libreria define como “comercios sociales”?

He aquí el punto de inflexión, pero también de ulterior y fascinante complicación. Por una parte, las mujeres comprometidas de distintas formas en el movimiento manifiestan su alivio ante el final de una cultura del victimismo y de la opresión; por otra, los fatídicos “comercios sociales” tienen nombres (partidos, sindicatos, fábricas, oficinas, profesiones, academia) y grupos dirigentes todavía en su gran mayoría masculinos. ¿Un ejemplo indiscutible? En el Parlamento Italiano, en la Asamblea Constituyente, las mujeres eran el 7% y hoy son el 7%. Así pues, ¿qué hacer para quitarnos de encima el uniforme de víctima, pero al mismo tiempo enfrentarnos al mundo para, posiblemente, no dejarlo exactamente igual a como era, quizá limitándonos a imponerles a los hombres compartir el poder, dado que el planeta, mientras aguante las brutalidades de la civilización, nos pertenece a medias?

Pero intentemos aislar algún problema concreto siguiendo la pista de estos interrogantes.

### *El trabajo*

Durante mucho tiempo la cultura feminista, pero también buena parte del mundo sindical, ha contemplado el problema del trabajo femenino sobre todo en términos de defender a las mujeres de la expulsión del mercado de trabajo en periodos de crisis: franja de trabajadores de poca

---

<sup>2</sup> El documento lo publicamos aquí, y la traducción española mimeografiada le ha puesto el título *Más que hombres, mujeres*.

capacidad negociadora, relativamente pacificable a través de la doble jornada y la dependencia del hombre, y por tanto fáciles de contratar y despedir según las fases expansivas o recesivas.

Hoy, el punto de vista ha cambiado radicalmente, tanto a causa de las minuciosas investigaciones de las sociólogas del Griff de Milán<sup>3</sup> (Laura Balbo, Lorenza Zanuso y Franca Bimbi, entre otras) como también de las nuevas contribuciones de investigadores hombres (pienso en los trabajos de Vittorio Capecchi, Maurizio Barbagli y Aris Accornero, pero también en los de muchos otros).

En pocas palabras, la nueva forma de contemplar el trabajo femenino se podría resumir en un eslogan feliz: “nunca habían trabajado tantas mujeres, nunca habían buscado trabajo tantas mujeres, nunca se habían quedado sin encontrarlo tantas mujeres”.

Lo que cambia —sostienen los sociólogos— es que entre las mujeres nacidas, *grosso modo*, a partir de 1941, el ejército de las amas de casa empieza a romper filas y la misma ideología de “sus labores” ya no tiene objeto ni vigencia. Pedir trabajo es considerado como un derecho obvio.

No por esto se simplifican los problemas. Queda la debilidad de las jóvenes meridionales con estudios que posiblemente representan el porcentaje más consistente de los desempleados actuales; quedan formas evidentes de *segregación* de buena parte de las trabajadoras en los niveles de calificación más bajos y en sectores débiles de la industria; queda, finalmente, en ausencia de servicios sociales eficientes, la fatiga de una *doble presencia* entre casa y trabajo que impone a todos (a no ser que se quieran dejar las cosas definitivamente como están) la revisión de la concepción misma del *tiempo* de trabajo que ha caracterizado tanto a la cultura del movimiento obrero como a la de los empleadores. Pensar en horarios más flexibles no sólo es una exigencia de las empresas, se está convirtiendo en una necesidad social. Y por lo que parece también para los hombres: según investigaciones recientes, el 20% de los contratos *part-time* afectaría a hombres jóvenes.

Creo que éste es el marco en el que cobra sentido la estrategia de las *acciones positivas*,<sup>4</sup> lanzada por el Ministerio de Trabajo y contemplada con interés tanto por el movimiento de las mujeres como por amplios

---

<sup>3</sup> Centro milanés de investigación sobre la familia y la condición femenina.

<sup>4</sup> Contamos con el documento para consulta.

sectores del sindicalismo. Desde luego es todavía pronto para valorarla. Las consejeras de igualdad regionales apenas han sido nombradas, y no siempre con criterios transparentes (es decir, ajenos a la lógica del reparto de cargos según la correlación de fuerzas políticas) y las experiencias en curso de acciones positivas en las empresas son poco más de una treintena (Italtel y Laneros, entre las más conocidas). ¿Cuáles deberían ser las funciones de la consejera de igualdad? Corregir la arbitrariedad de la contratación individualizada imponiendo *cuotas* de mujeres, acabar progresivamente con la segregación a través de cursos específicos de formación profesional, valorizar las carreras femeninas allí donde sea posible.

Quisiera añadir alguna consideración sobre una palabra candente: *carrera*. Durante mucho tiempo el feminismo, al adoptar la cultura igualitaria nacida del 68 y temiendo desigualdades y la aparición de procesos competitivos entre las mujeres, temblaba horrorizado sólo con escucharla. Por el contrario, esa prensa de la que hablaba al principio nos está haciendo creer que vivimos en un país poblado por centenares de millares de Mansas Bellisario.

Afortunadamente, los números nos ayudan una vez más a tocar tierra: las mujeres italianas en puestos de alta responsabilidad son únicamente 15 000, menos que en todo el Occidente desarrollado e incluso que en Japón, que desde luego no destaca por su tradición emancipacionista. Además, el economista Frey ha arrojado recientemente un balde de agua fría sobre los ánimos de los eventuales entusiastas de la progresividad del desarrollo: para que otras tres mil mujeres pudiesen alcanzar posiciones preeminentes habría que crear un millón y medio de nuevos puestos de trabajo.

### *La política*

Todo esto implica el punto final de una polémica tan inútil como capciosa contra el "neoemancipacionismo". Cada vez se acepta más la idea de que no es dividiendo la poca fuerza de la mucha debilidad como se ayudan las mujeres, sino al contrario, intentando poner una y otra en comunicación mutua. ¿Cabildeo? ¿Acuerdo? ¿Pacto? Son palabras que quizá infunden temor. Desde luego algo habrá que inventar para que las mujeres se expliquen unas a otras los pasos realizados y consigan comunicarse mutuamente valor y fuerza.

En la izquierda europea, sobre todo en Alemania, es práctica habitual tanto en el SPD como entre los Verdes que las mujeres reivindiquen cuotas garantizadas en las listas y en los grupos dirigentes. Y no se andan con bromas: el *quórum* garantizado llega hasta el 40% y hasta prevé penalizaciones para los transgresores.

En Italia apenas ha comenzado el debate, pero ya se vislumbran algunas iniciativas concretas. Las mujeres del PSI pedirán el 20% de los puestos dirigentes en el próximo congreso, las de la Liga de cooperativas el 25%; las comunistas no han fijado todavía una cifra, pero en su documento más reciente (*La carta delle donne*,<sup>5</sup> presentada a la prensa el pasado noviembre) plantean explícitamente el problema y se reservan abrir cuanto antes este frente de batalla interno.

Imagino las perplejidades masculinas (y, quién sabe, quizá también algunas femeninas). ¿No resulta humillante, degradante, ser promovidas en cuanto mujeres y no simplemente por el propio valor como personas y dirigentes?

Por lo pronto, una primera objeción medio en broma, medio en serio. ¿No resulta irónico que, precisamente en un país como Italia, donde se reparte todo —entre poderosos, partidos, corrientes y subcorrientes—, hasta los consejos de administración de las unidades sanitarias locales, las almas bienpensantes sólo salten cuando son las mujeres las que quieren más poder? ¿Quién está dispuesto a jurar que los criterios de selección de un partido responden verdaderamente a la idea weberiana de profesionalidad política y no más bien a astucias, obediencias y cinismos, para los que las mujeres están menos preparadas por razones históricas y culturales? ¿Quién está dispuesto a jurar que no van a ser seleccionadas, paradójicamente, precisamente por ser “mejores”?

Segunda objeción, más seria. De entrada, la idea de las cuotas podría parecer una llamada a la magnanimidad masculina, un enésimo *escamoteo* de subalternas. Pero la filosofía subyacente a esta idea es totalmente distinta. Las habituales y crueles estadísticas nos dicen que si esperamos a que emerjan fisiológicamente personalidades particularmente dotadas, serán necesarios miles de años para que se perciba la presencia pública de las mujeres. Es por esta razón por la que la pro-

---

<sup>5</sup> El artículo de Francesca Gargallo informa sobre la carta.

puesta de las cuotas va acompañada de aquella idea de *acuerdo*, de *pacto*, a la que me refería antes. Aprender a ayudarse unas a otras, a responder unas a otras, a darse y revocarse órdenes. Así pues, ¿una especie de partido dentro del partido? Tal vez, en cierto sentido. Pero que podría tener efectos positivamente revulsivos tanto en relación con los personalismos socialistas como con los centralismos comunistas y, en última instancia, favorecer a toda la izquierda.

### *La investigación teórica*

Muchas intelectuales de origen feminista (las milanesas ya señaladas, algunas de las inspiradoras del Centro Virginia Woolf<sup>6</sup> de Roma y el grupo de filósofas que se reúne en Verona en torno a la sugestiva sigla “Diotima”<sup>7</sup>) hacen de la reflexión propiamente filosófica el eje de su trabajo. La tarea más importante en estos momentos sería “el pensamiento de la diferencia sexual”, comprender por qué la teoría de las mujeres, la construcción de símbolos, la utilización y disposición de razonamientos y conceptos han sido relegadas a un segundo plano por la historia. Hacer, medirse *y* medir los pequeños desplazamientos de la política y de la acción, tendría una importancia mucho menor. El trabajo más pesado sería el de dar autoridad, estatuto teórico y rigor conceptual al pensamiento de las mujeres o, mejor, a la “diferencia sexual”, para comprender por qué ha pesado tan poco en el horizonte de los símbolos comúnmente utilizados para razonar.

De aquí deriva una crítica, incluso áspera, a las mujeres de formación marxista, a las cuales alude más de una vez Rossana Rossanda —considerada la representante más autorizada— en su último libro: *Anche per me*.<sup>8</sup>

La discusión es tensa y apasionada y se reproduce en gran parte de la literatura feminista reciente. Cito sólo dos ejemplos: las intervenciones introductorias al programa del Centro Cultural Virginia Woolf de 1987 *y*

---

<sup>6</sup> Como Alessandra Bochetti, fundadora y miembro, y autora de uno de los artículos que publicamos.

<sup>7</sup> Incluimos aquí los textos de dos de ellas que nos hablan del propósito y funcionamiento de Diotima.

<sup>8</sup> Incluimos parte del prólogo del libro, subtítulo *Donna, persona, memoria y editado por Feltrinelli, 1987.*

la discusión entre Lia Cigarini, Luisa Muraro y Rossana Rossanda en el número de marzo de *Noi donne*.

Los problemas son muchos. ¿Es posible hablar de una *diferencia* casi ontológica entre hombre y mujer? Si es éste el caso, ¿en base a qué valores? ¿A los valores femeninos clásicos —cuidado, defensa y conservación de la vida y de la naturaleza— tan relegados en nuestra era tecnológica? Si así fuera, ¿no estaríamos cayendo de nuevo, por tortuosos caminos, en la terrible trampa del eterno femenino? Si, por el contrario, la *diferencia* es otra, más compleja, ¿cómo buscarla? Y lo que es más, ¿hasta qué punto podemos, lícitamente, trazar límites tan netos entre lo masculino y lo femenino, siendo como somos —nos guste o no— hijos espurios o no, directos o no, de la teoría freudiana de la bisexualidad? ¿Qué podemos decir, finalmente, sobre las diferencias entre las mujeres?

A todos estos problemas les he dado siempre una respuesta sustancialmente empírica, basada en la simpatía que me suscitaba trabajar y pensar con las mujeres. Probablemente es una limitación mía. No pretendo salir mejor librada con estas líneas, sólo trato de explicar un problema.

Cualquiera que sea la vía a través de la cual se piensa deshacer el complicado nudo de la “diferencia sexual”, no cabe la menor duda de que la pasión y el interés con que se comprometen las mujeres en las cuestiones del medio ambiente, nuclear y de la paz son intensísimos. ¿Diferentes valores de origen? ¿Diferentes necesidades y, por tanto, diferentes prioridades en la política? Yo, francamente, me inclino por la segunda hipótesis.

Es un hecho que las mujeres son más de la mitad de los militantes de los grupos verdes; que desde hace años está trabajando un comité de mujeres por la paz que agrupa un abanico de fuerzas que va desde la izquierda cristiana, pasando por la Arci y muchas comunistas, hasta las feministas más o menos históricas (que entre otras cosas mantienen interesantes relaciones con mujeres disidentes, o marginales respecto a las instituciones, de los países del Este); que en el último congreso del PCI el voto de las delegadas fue decisivo para conseguir la derrota mínima, que era casi un *fifty, fifty*, de los antinucleares del partido.

Para escudriñar las razones de la desconfianza hacia lo nuclear, que no se puede explicar sólo por el deseo maternal omnipotente hacia la humanidad, sino que ahora se basa también en muchos trabajos rigurosos, científicos y filósocas de la ciencia (Gloria Campos Venuti, Elisabetta Donini y Elena Gagliasso, entre otras) y las mujeres comunistas organizaron el pasado mes de julio un interesante congreso cuyas actas han



sido publicadas hace poco.<sup>9</sup>

### Women's studies

El término tiene sabor americano, y la experiencia también. Una vez concluida la era kennediana *y* con ella la esperanza de que el *melting pot* y los incentivos a la coeducación entre negros y blancos dieran lugar a una segunda fase del sueño del hombre nuevo americano, la búsqueda de las raíces de cada etnia *y* de cada cultura se convirtió en filosofía y práctica corriente en los Estados Unidos, desde la universidad a las prácticas de vida, pasando por las grandes operaciones en los medios de comunicación de masas.

Así pues, las mujeres encontraron terreno fértil para imponer estudios e investigaciones sobre su propia cultura e identidad: durante el año académico 1985-86 se organizaron 30 000 cursos en los puntos más dispares del país, las muy prestigiosas Harvard y Columbia incluidas.

¿Y en Italia? El debate sobre una posible relación entre los estudios femeninos y el mundo académico propiamente dicho es recentísimo, fruto de dos congresos: el primero se celebró en diciembre en la LUISS (Libera Università Internazionale di Studi Sociali) de Roma; el segundo a principios de marzo en el Departamento de Economía de la Universidad de Modena. Muy reciente es también la institución de la primera cátedra de Historia de la cuestión femenina, de la cual es titular, en Ginebra, Conti Odorisio, estando la sede en la LUISS.

¿Es legítimo hablar de un retraso respecto a la experiencia estadounidense? A mi entender, no. En realidad, en Italia los estudios femeninos han florecido por otras vías: el programa de las 150 horas,<sup>10</sup> centros autofinanciados, centros sostenidos por entes públicos locales, sobre todo en la época dorada de las juntas rojas.

Sin embargo, su rasgo característico es la absoluta precariedad financiera. Ligados frecuentemente a un voluntarismo apasionado o a las amplias y densas redes de las distintas coyunturas políticas, o a los

---

<sup>9</sup> No contamos con este material, que aparece en *Scienza, potere, coscienza del limite*; subtítulo: *Dopo Chernobyl, oltre l'estraneità*, Editori Riuniti.

<sup>10</sup> No incluimos el artículo, pero está para consulta.

humores y vicisitudes de un cargo político, florecen y se marchitan independientemente de su calidad cultural, que tiene muy poco que envidiar de sus colegas de ultramar.

Entrar en la universidad significaría tener un estatuto profesional estable y quizá fondos para la investigación, pero al mismo tiempo no pocos problemas. ¿Habría que conformarse indefinidamente con el papel de hermanitas menores de los verdaderos universitarios? ¿No se vería dificultada y condicionada la libertad de investigación? Todo esto se empieza a discutir, estando muy lejos de posiciones unánimes, como demuestra la mesa redonda del número de marzo de *Noi donne* ("Trenta e Iode in femminismo", organizada por Franca Fossati).

### *La información*

Hace tiempo que ha terminado la estación de las cien flores, de las mil publicaciones más o menos gráciles o fecundas. Al mismo tiempo que una fase política y una reestructuración financiera del mundo editorial deja menor espacio a la prensa independiente sin fines comerciales.

Los títulos que continúan apareciendo de manera regular son cuatro. Dos revistas teóricas de frecuencia *grosso modo* trimestral (*DWF Donna, woman, femme* y *Memoria*) y dos periódicos, el mensual *Noi donne* y *Minerva*, que sale cada dos meses. Además, brusca e imperiosamente interrumpida hace poco, estaba la experiencia de dos páginas autogestionadas por las mujeres en el diario *Paese sera*: "Il paese delle donne".<sup>11</sup> En la radio RAI también queda poca cosa: tras los años inmediatamente posteriores a la reforma, con "Proceso per stupro" y "Si dice donna" emitiéndose por la segunda cadena de televisión, la única comunicación específica y comprometida con el mundo femenino es patrimonio de "Radio Tre" y de la Transmisión diaria "Ora D".

Mucha autocrítica se podría realizar, quizá, sobre el pasado, sobre ciertas repeticiones, complicidades verbales, excesos de victimismo que no han ayudado a construir una amplia zona de consenso democrático en torno a la información de las mujeres. Pero lo más importante es el presente. Y el presente está marcado por un hambre de lectura e informa-

---

<sup>11</sup> De ahí tomamos los textos de Banotti y Bolognese.

ción sin precedentes por parte de las mujeres. Según datos ISTAT sobre lectura correspondientes a 1986, en Italia las mujeres leen más libros que los hombres; según las encuestas ISEGI, la lectura de diarios por parte del público femenino ha aumentado en un 4% durante los tres últimos años. Frente a esto, las publicaciones femeninas clásicas —a pesar de que se reestructuran periódicamente de forma cada vez más cautivadora por parte de geniales directores de arte— mantienen sustancialmente estacionaria su cuota de lectoras (véase, para más datos, *Parole incrociate*).

La impresión que se saca de todo esto es que la mujer italiana culta, hija del feminismo extendido y en fase de transformación, es una hábil *bricoleuse* de las fuentes de información, sigue diversas pistas, juega a varias cosas a la vez y busca su “verdad”.

A partir de estas reflexiones empíricas, y no de la idea de que hay que transmitir y vertebrar un mensaje ideológico para la memoria futura, pienso que todavía vale la pena hacer una información comprometida y específicamente dirigida a las mujeres. A las mujeres que buscan, que se autoestiman, que cambian, no a las feministas como secta.

Pero también aquí, como en cualquier otra cuestión, el problema de un poder material más sólido, de una cortada de reconocimientos recíprocos, incluso financieros, tiene una importancia vital. Hacer un periódico, hacerlo con un nivel discreto de profesionalidad, cuesta muchísimo. No es justo que sea el Estado el único que lo pague, suponiendo que quiera hacerlo (y todavía es menos justo que pague generosamente quien no lo necesita, pero ésta es otra cuestión); y los publicistas, a pesar de que en sus congresos se representen como los verdaderos intelectuales del tercer milenio, están todavía animados por una profunda desconfianza (pero afortunadamente no todos) hacia una imagen de lo femenino que no relacione a la mujer con la venta de un producto de la manera en que los estereotipos y la costumbre nos han acostumbrado.

Probablemente es este el campo donde términos como *pacto*, *acuerdo* y *cabildeo*, que he utilizado aquí y allá, se diluyen en otro quizá todavía más hostil a nuestro pasado próximo: espíritu emprendedor.

### *La sexualidad*

Hay algo paradójico en lo que se está produciendo en relación con la sexualidad. Un movimiento nacido con el estigma denigratorio de la pansexualidad y de la excesiva desinhibición, incluso verbal, habla cada

vez menos de sexo. Es más, casi nunca. Hay razones para ello y probablemente muy serias. Me limitaré a aventurar algunas hipótesis.

Por lo pronto, como señalaba al principio, de los hombres se habla cada vez menos; el interés máximo se centra en lo que pueden hacer las mujeres juntas, y en consecuencia sobre la sexualidad se ha establecido una especie de silencio, no se opina. Por otra parte, contrariamente a lo que ocurre en el mundo anglosajón, en los Países Bajos y, en parte, en Alemania, el lesbianismo ha sido muy minoritario en el movimiento feminista italiano y raramente ha producido una reflexión sobre la sexualidad femenina que saliese del restringido círculo de las interesadas.

Pero debo decir que, a mi entender, la escasa atención (atención seria, de la otra hay hasta demasiada) que se presta al problema de la sexualidad por parte de los laicos (hombres incluidos) es un grave signo de los tiempos.

Tras su aprobación, la evolución de la ley del aborto con la evidencia de la reincidencia entre mujeres cultas, adultas y emancipadas, ha demostrado que la filosofía ilustrada-educativa que estaba en la base de la ley era equivocada. No es cierto que legalizando el aborto acabaríamos rápidamente con él, y hoy los católicos nos lo reprochan. Paradójicamente nos acusan de "jesuitismo". ¿Y en nuestro terreno? Tengo la impresión de que se está rehuyendo una discusión que podría plantearse a muchos niveles, desde el nivel práctico de la mala aplicación de la ley hasta el nivel de los principios, desde qué debe entenderse por educación para la contracepción y hasta qué punto es legítimo considerar culpable a quien no tiene o no practica esta educación por razones a menudo inconscientes y complicadas que escapan a las estimaciones estadísticas de edad y niveles de escolarización.

Igual para la violencia sexual. La ley más veces propuesta y discutida ha quedado estacionada y a saber cuándo volverá a ser considerada.<sup>12</sup> En el debate que podía construirse en torno a ella había cuestiones de extraordinario valor civil: los derechos de la mujer, por supuesto; una idea diferente de la sexualidad, desde luego; pero también las características del proceso penal, las indispensables garantías relativas a los derechos del acusado —derivadas de la condena y de la posible reeducación

---

<sup>12</sup> Incluimos el artículo de Elisabetta Addis sobre este complicado problema.

(porque confío en que es esto y no la venganza lo que nos interesa a todos)—, de un delito de esta naturaleza. En cambio, también aquí hay poca cosa: manifestaciones convencionales por parte de algunas, incómodas distinciones de las feministas más advertidas, indiferencia paternalista por parte de los intelectuales hombres. Y a mi juicio los valores intrínsecamente implicados en un tema de tal naturaleza son de calibre similar a los que han animado el debate sobre el terrorismo.

Pero hay más. La información insistente y continua que digerimos cada día sobre la fecundación artificial y el sida parece expulsar a la sexualidad del horizonte de lo que es “natural”, no en el sentido de no cultural, sino de humano, sereno, vivible. Por un lado se la entrega a la tecnología (sé perfectamente que no se hace el amor para tener hijos, pero el mensaje de que se pueden tener hijos sin hacer el amor parece superponerse y desbancar al primero); por otro, al pecado, a la transgresión, al miedo. Y la cacería del “diferente” continúa. Quien sea o haya sido un poco “diferente” estará más interesado que nadie en que no se pueda decir otro tanto de las personas que frecuenta.

Todo esto produce cierta angustia. No tengo ninguna nostalgia de las simplezas de la “liberación sexual” de los años sesenta, pero vivir la madurez en un clima coactivo no me entusiasma en absoluto.

Aquí termina mi viaje, largo pero ciertamente no concluyente. Había presentado este trabajo como un pequeño *baedeker* y no quisiera que fuese como uno de esos tan detestables en los que falta precisamente la referencia al museo que no queríamos perdemos o a la fuente en cuyos escalones habíamos soñado sentarnos desde pequeños. Por ejemplo, soy consciente de no haber dicho ni una palabra de la educación ni del divorcio —temas en absoluto secundarios— y me preocupa haber condensado en pocas referencias y pocas líneas ideas y trabajos en los que otras invirtieron años y esfuerzos. Me consuelo pensando que al menos un mensaje debería llegar claro al lector: probablemente las mujeres italianas sufren todavía muchos males, pero la somnolencia no.

1986

*Traducción:* **Enric Sanchis y Leonardo Curzio**